

Ademas de esto, el partido puritano estaba por entonces abandonado por una clase de hombres reflexivos que le habian sido fielmente adictos en tanto que la fortuna se le habia mostrado propicia. Llamábanse entonces aquellos prudentes personajes *Servidores de la Providencia**, porque hubieran creído no respetarla quedándose en un partido no favorecido por ella.

Pero aunque se veían abandonados de los espíritus inconstantes y egoístas, retenían en las filas de los Puritanos hombres todavía temibles por su carácter, sino por su número, un entusiasmo magestuoso, una persistencia incontrastable en sus principios, una confianza entera en la sencillez de sus motivos, y aquel orgullo inglés tan ostinado en amar una opinión reprobada. Semejantes al viagero de la fábula, que se ceñía más al cuerpo la capa cuando redoblaba la tempestad, estos veteranos del presbiterianismo eran por la mayor parte hombres de la clase mediana, que debían su fortuna á la industria y á felices

* *Writers on Providence*, — Ed.

especulaciones en el comercio ú las minas; eran de aquellos genios á quienes hacían sombra las pretensiones de una aristocracia ambiciosa exclusiva, y que son ordinariamente los más celosos de lo que miran ellos como sus derechos. Su vestido era por lo regular de una sencillez extremada, y no se singularizaban sino por una negligencia afectada y por el desprecio de todo género de atavío. El color triste de sus vestidos, que no variaba más que de negro á lo que se llama oscuro, su sombrero de alta forma y grandes alas, sus espadas grandes pendientes de la cintura por una simple correa, sin nudo, sin hebillas, sin adorno alguno con que los Caballeros gustaban adornar sus fieles tizonas: los cabellos cortados muy al rape, hacía que sus orejas parecieran de una longitud desmesurada*; en fin su exterior grave y magestuoso anunciaba que pertenecían á la clase de entusiastas que había roto con intrepidez todos los resortes del gobierno antiguo, y que veía de mal ojo al que se había sustituido en

* De donde les vino el nombre de Cabezas-Morondas. — Ed.

su lugar. Se notaba en sus rostros una marca de tristeza, pero no de desaliento ni desesperación. Parecían guerreros antiguos despues de una derrota que, deteniéndolos en su carrera de gloria, ha herido su amor propio sin quitarles nada de su valor.

La melancolía habitual que se notaba en las facciones del mayor Bridgenorth le venia bien como á gefe de los Puritanos que salian del lugar. Cuando llegaron al sitio donde debian torcerse á un lado para entrar en el antiguo parque del castillo, sintieron una impresion momentanea de abatimiento, como si cedieran el camino real á sus enemigos, los Caballeros, tantas veces por ellos vencidos. En tanto que subian el sendero que daba la vuelta, paso diario de las bestias, les hizo ver una clara de árboles el foso del castillo medio obstruido con los escombros de la muralla, en la que se habia practicado una brecha, y esta misma en el ángulo de una torre alta cuadrada, en parte derribada por el cañon, y cuyo resto se hallaba en un estado muy precario, estaba como colgando encima de la

grande abertura que se veia en el muro. Recordó esto á los Puritanos sus antiguas victorias, y se miraban unos á otros con una sonrisa de satisfaccion sombría.

Holdfast-Clegg, molinero de Derby, que habia mostrado grande actividad durante el sitio, señaló con el dedo la brecha á Solsgrace, diciéndole con un gesto de desagrado :

No creia yo, cuando mi propia mano ayudó á poner el cañon apuntado por Olivier contra esta torre, que nos veriamos obligados á gatear entre estos escombros, como zorras, para entrar en los muros que hemos conquistado con nuestras armas y la punta de nuestras lanzas. Me parece que esos malditos de Dios han debido saber lo bastante de que les servia haber cerrado sus puertas, y habitar en sitios elevados.

— Paciencia, hermano mio, respondió Solsgrace, paciencia, y no abras la boca para murmurar. Entramos con honor en estos sitios elevados, pues que vamos á pasar por la puerta que tiene abierta el Señor á sus escogidos.

Las palabras del pastor fueron como una

chispa que toca por su extremo á un rastro de pólvora. Las fisonomías del cortejo lúgubre se sonrosaron de gozo al momento, mirándolas como agüero favorable, y como una luz descendida del Cielo para manifestar su verdadera situación; los Puritanos entonaron de común acuerdo uno de los cánticos triunfales, por los cuales celebraban las inauditas victorias que Dios les había concedido contra los habitantes paganos de la tierra de promisión.

Levántese Dios, y caigan
Por entre el polvo esparcidos,
Sus soberbios enemigos,
Reducidos á la nada.

Cera al calor derretida,
Humo del viento impelido,
Ante tí, señor, ha sido
La mala raza abatida.

De Adónai, ángeles bravos,
Espíritus á millares,
En moradas celestiales,
Al Sinai vais guiados.

Confundió tu brazo fuerte,
Gran Dios, á malvados tales,
Que de cautiverio y males
Dieron á tu pueblo en suerte.

Oyó estos cánticos de triunfo la festiva tropa de Caballeros, que, con todo lo mejor que les quedaba de pompa despues de sus muchas desgracias, marchaban al mismo punto, aunque por diferente camino, y hacian resonar con sus gritos de alegría toda la calle de árboles. Presentaban estas tropas un contraste muy notable, porque, durante las disensiones civiles, se distinguian por sus costumbres tan bien como pudiera efectuarlo un uniforme. Si el Puritano tenia en su vestir una sencillez estudiada, y en sus modales una rudeza ridicula, el Caballero no era menos afectado en la delicadeza y lo exquisito del atavio, y el desprecio con que miraba la hipocresía de generaba ya en licencia. Guerreros de todas edades, pero alegres y garbosos iban en filas unidas hácia el castillo conservando aquel exterior placentero que habia podido sostenerlos en tiempos adversos, segun llamaban ellos á la duracion del gobierno usurpado de Cromwell. Era tal esta alegría que casi les hacia perder el juicio. Flotaban los penachos y relucian los galones á los rayos del sol, los

caballos daban vueltas, y de vez en cuando se tiraban tiros con pistolas de pretina y arzon que disparaban algunos, persuadidos de que sus talentos naturales para meter bulla no eran suficientes para la pompa de la fiesta. Pues que, como ya hemos dicho, habiéndose decidido la plebe por el partido victorioso, una multitud de muchachos iba tras ellos diciendo á grandes gritos: — ¡Mueran los de la rabadilla! ¡ Al diablo con Olivier! — Los instrumentos músicos, de las especies conocidas entonces, sonaban todos á un tiempo, y tocando cada uno diferente sonata. El entusiasmo del momento establecía cierta fraternidad entre los nobles y pecheros que iban con ellos. Este entusiasmo se redoblaba también con la idea de que los ecos de su alegría ruidosa llegaba á los oídos de sus vecinos humillados, los Cabezas-Moronadas. Cuando el canto solemne del salmo resonando por las rocas y edificios arruinados llegó á sus oídos, como para advertirlos cuan poco debían contar con la humillación de sus adversarios, les contestaron desde luego con grandes risotadas para que llegase á entender

la tropa salmista la señal de su desprecio; pero esto era un esfuerzo inútil del espíritu de partido.

Quando se halla uno en situación dudosa, ó en estado de padecimientos, es más natural tenga sentimiento de melancolía que de gozo; y si se llegan á juntar, rara vez deja de triunfar el primero. Si el acompañamiento de un entierro se encuentra con el de una boda, se convendrá en que la alegría del segundo desaparece bien pronto al frente de lo triste y sombrío del primero. Pero los Caballeros estaban entonces ocupados en otras cosas. El tono del salmo que resonaba en sus oídos les era demasiado conocido. Le habían oído muchas veces como alusivo á sus derrotas para que pudieran oírle sin conmoción, aun en el momento en que se hallaban triunfantes. Hubo entre ellos una especie de pausa de que, al parecer, se avergonzaban ellos mismos, hasta que rompió el silencio un caballero anciano, sir Jasper Cranbourne, cuya valentía estaba generalmente reconocida pudiendo atreverse á experimentar una impresión que hombres, de cuyo

valor se sospechara, no hubieran podido manifestar sin que se los tachara de imprudentes.

— ¡ Oh ! ¡ oh ! dijo el anciano Caballero , que jamas beba yo un vaso de vino si no es esta la misma canción que estos pícaros con sus orejas al aire entonaron cuando nos atacaron en Wiggan-Lane, donde nos tumbaron como bolos. A fe mia, vecinos, para decir la verdad y dar que rabiarse al diablo, no me gustaba el tono.

— Si yo creyera que los Cabezas Morondas cantan por mofarse de nosotros, dijo Dick Wildblood, les haria yo pasar el gusto de la salmódia con este garrote. Esta mocion, apoyada por Roger Raine, viejo borracho que tenia en el pueblo, un meson con la tablilla de las *armas de Peveril del Pico* hubiera ocasionado un combate general si no hubiese sosegado los ánimos sir Jasper.

— No queremos disputas, Dick, dijo el anciano caballero al joven franklin *; no las que-

* Se daba el nombre de *franklin* á los propietarios que hacian valer sus bienes cultivándolos ellos mismos.

remos, y esto por tres razones. Primera porque seria faltar al respeto á lady Peveril, despues porque seria turbar la paz del rey, y por último que si atacáramos á estos malditos salmistas, podrias tú salir con algun chichon, como ya te ha sucedido.

— ¿ Quien ? ¿ yo ? ¡ sir Jasper ! ¡ Yo con chichon que me hicieron ellos ! Condenado muera yo si tal me ha sucedido, como no fuese en aquel infame desfiladero, donde todos estábamos como sardinas en banasta.

— Pienso que para evitar esto fuiste corriendo á esconderte entre una zarza, que me ví forzado á sacudir con mi baston de comandante para hacerte salir fuera, y entonces, en lugar de cargar al frente, diste media vuelta á la izquierda y echaste á correr cuanto podias.

Este recuerdo dió que reír á costa de Dick, conocido, ó que á lo menos pasaba por mas hablador que valiente; y la burla del caballero habiendo amortiguado mucho el resentimiento de casi todos los que componian la cabalgata realista, llegó á extinguirse del todo, porque

cesó de repente el canto, que miraban como un insulto premeditado.

Dejaron de cantar los Puritanos, porque llegaron á la brecha que su cañon victorioso habia hecho en otro tiempo á las paredes del castillo. Estos escombros amontonados y los edificios medio derribados sobre que iba un sendero estrecho y escarpado, parecido á los que hay en las ruinas antiguas, trazados por la poca gente que pasa por ellos, formaban un verdadero contraste con las torres macizas y los otros edificios todavía en buen estado. Esta vista era la mas propia para recordar á los Presbiterianos la victoria que habian conseguido apoderándose de la fortaleza de sus enemigos, y el triunfo de que habian gozado echando las cadenas á los nobles y principes.

Pero penetraron al fondo de los corazones crueles de los sectarios mismos los sentimientos mas análogos al motivo que los llevaba al castillo de Martindale, cuando su dueña, todavía en el brillo de su belleza, se presentó en la brecha con las damas principales de su séquito para recibir á los huéspedes con la cortesía

y honores á que su invitacion les daba derecho. Habia dejado el traje negro que llevaba desde muchos años antes, y estaba vestida con todo el brillo conveniente á su rango y nacimiento. No tenia joya ninguna, pero sus largos cabellos estaban adornados con una guirnalda de hojas de encina mezcladas de lirio, las hojas recordaban la milagrosa conservacion del rey en la encina real*, las flores indicaban su feliz restauracion. Lo que aumentaba el interés de su presencia para cuantos la miraban entonces, era verla con dos criaturas que tenia de la mano y que todos los Puritanos sabian era una la hija de su gefe, el mayor Bridgenorth, vuelta á la vida y la salud por los cuidados casi maternos de lady Peveril.

Si los individuos de un rango inferior, que componian esta gente conocieron la saludable influencia de su presencia al verla con tal compañía, se puede creer muy bien que el pobre Bridgenorth se sintió abatido. Sus principios severos no le permitian doblar la rodilla, y besar

* Nadie ignora que Carlos II, durante la guerra civil, perseguido por los republicanos, se ocultó á sus enemigos, escondiéndose en el hueco de una encina. — ED.

la mano que asía la de su huerfanita; pero su inclinacion profunda, su voz trémula, y los ojos humedecidos indicaban aun mas respeto y gratitud para con la dama á quien se dirigia, que lo hubieran podido hacer todas las protestas de los Persas. Algunas palabras llenas de dulzura y bondad que expresaban el placer que sentia recibiendo á sus vecinos y amigos, algunas preguntas que hizo con agrado á los principales individuos de la compañía, sobre sus familias y negocios, aseguraron el triunfo á lady Peveril contra las disposiciones al disgusto, y contra los recuerdos desagradables. Cada uno se entregó bien pronto cordialmente al placer de la fiesta. El mismo Solsgrace, aunque persuadido de que su puesto de pastor de este rebaño le imponia el deber de observar y burlar las astucias de una muger amalecita, no se pudo librar del contagio, y se penetró tanto de las demostraciones de complacencia y bondad prodigadas por lady Peveril, que entonó inmediatamente el salmo:

Cuan apacible y hermoso
Es el ver á los hermanos,
Que se reúnen ufanos,
Con un mismo fin honroso.

Recibiendo lady Peveril este testimonio de gratitud como una correspondencia de cortesía, condujo ella misma esta parte de sus convidados al aposento, donde una comida tan grande como suntuosa los esperaba. Tuvo ella misma la paciencia de quedarse allí en tanto que el señor Nehemiah Solsgrace pronunció un *benedicite* de media legua de largo, como una introduccion al banquete. Su presencia no obstante embargaba un poco al digno ministro, que se produjo con mas dificultad de lo que acostumbraba, porque veía no serle posible acabar su discurso con su peroracion ordinaria, es decir por una súplica dirigida al cielo para que quedara libre el pais del papado, de la prelatura y de Peveril del Pico, lo que se le habia hecho tan habitual, que despues de vanos esfuerzos para mudar su súplica, se vió precisado á repetir la acostumbrada, pronunciando las dos primeras palabras en voz alta; y diciendo el resto tan por lo bajo que no le entendieron ni los que tenia mas cerca de sí.

El silencio del ministro trajo bien pronto